

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 9 DE JUNIO DE 1895

Num 9.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaías Gamboa

Co-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

El ave luminosa

En el álbum de Sarita Meza

En la perfumada estancia, donde reinan los matices claros y el aroma de las lilas blancas, sobre una artística mesita de palo de rosa con incrustaciones de esmaragdina, hay una gallarda copa de alabastro con asas de rubí, llena con un ramo de azucenas de plata reluciente. Entre las flores, una pequeña cítara de oro, y sobre las cuerdas que trinan al impulso de los dedos de rosa, un pajarillo de luz, con mil facetas, hecho de un solo diamante. Tiene las alas medio caídas, la cabecita levantada en actitud de cantar, y los ojos de zafiro fijos con amor en un cielo de esmeralda.

El ave luminosa, divina forma del arte, es Ud., Sarita, en el triunfo de la belleza y el sentimiento. Espíritu y forma: adorable realidad!

RUBÉN RIVERA

El Pino

Desde aquí, desde el pié de mi ventana, y en medio de las sombras, aquel pino tal parece cansado peregrino, á quien atrás dejó la caravana.

Será delirio de mi mente insana; pero, á veces, mirándolo, imagino que espera junto al borde del camino alguna hermosa aparición lejana.

¡Arbol agreste y funeral! Tus hojas son menos que mis íntimas congojas, menos que mis pesares ignorados.

¡Ay! El dolor me advierte que tú existes, del mismo modo que las almas tristes y que los corazones desolados.

BONIFACIO BYRNE

Sueños de poeta pobre

A Justo A. Facio.

De codos sobre el mármol de la mesa de un café, frente al vaso de barro color plomo, en que la cerveza asentaba lentamente su espesa espuma blanca, entre el humo de la pipa, la imaginación del pobre soñador, del poeta desarrapado, se iba, como una curiosa y linda *touriste*, al país del ensueño. Cuando sintió cansancio, la pipa se caló su gorro de cenizas y se echó á dormir, y por las ventanas del alma, abiertas al aire suave, amoroso y primaveral de los recuerdos, se escapó la picaruela, la que va triscando por el éther, como sobre una alfombra de césped.

Va á través del espacio luminoso. La ruta es bien larga. Rápida va, como una blanca paloma, al alero hospedador, donde le espera la tibieza del nido y el beso de los pichones. Ve cómo el sol clavetea bizarramente, con sus lanzas de oro, á las nubes blancas; cómo baña en oro é irizaciones de plata la gasa vaporosa y el tul levísimo, como hecho de espumas del mar ó de polvos de nieve.

Ya llegó. Una inmensa planicie; un cielo azul arriba; un frondoso jardín....Y luego, la ruta, bordeada de rejas de oro, cubierta de enredaderas tupidas y florecientes. Repica la campánula morada; el cunde-amor pregona una boda; la clavellina se viste su traje carmesí para ir á paseo, y la reseda se deshace en aroma arrobador, esperando al prometido. Y el soñador iba camino de ese lejano país. Columbraba las esplanadas cubiertas de colores, como paletas arrojadas al descuido por un artista voluble. Semejaba nube posada sobre el césped, un grupo de matas altas, cundidas de azucenas y de lirios; Mayo había nevado sus copos diminutos sobre los naranjos; había llorado Flora sobre las manchas de violetas y de entre las hojas, en forma de corazón, asomaba la cabeza diminuta de estas curiosas. ¡Oh! Era hermoso eso! El soñador pensó en su novia que ya dormía el eterno sueño, bajo la tierra, al abrigo de un sauz luctuoso. Para una luna de miel! El, haría versos, echado bajo un castaño que botase una lluvia de sus flores y ella iría, entre las macetas copudas, buscando mar-

garitas. ¡Ah! Pero ella había muerto ya! Si ella viviera! Qué felices serían allí! En ese inmenso florestal, en ese Paradou ideal en que no se marchitan jamás las flores ni se mueren los pájaros, sería su amor imperecedero. No tendría su invierno; no habrían nieves. Ese cielo se mantendría siempre azul, limpio, sin la amenaza de las brumas. En sus almas reinaría la eterna primavera. El alma blanca de ella, que era un santuario, no tendría lugar para el alma muerta de sus besos. La caricia entra triunfante; se queda en la puerta el dolor. No tiene franca la entrada esa diosa negra.

¡Qué felices serían! El rostro de ella era como aquella rosa. Y el soñador, encaramándose en la verja, saltó al jardín á cojer aquella flor que se parecía al rostro satinado de su amada. Sus labios eran como esta adelfa, pero no guardaban ponzoña; guardaban miel. Y cogió la adelfa y se bebió el rocío que aprisionaba el broche de pétalos tiernos. Sus ojos eran azules, como esta *no me olvidas*, pero aún más puros, porque no sabían mirarle más que á él. Y cortó la *no me olvidas* y se la puso en el ojal de su raído chaquet. Ah! ¡Cómo esos azahares de nieve, como esa azucena de espuma, como ese tulipán, como esa gardenia, eran sus pies diminutos que cuando corrían por el campo, sobre la hierba mojada, besaba él con ardor en sus espasmos sublimes.

Allí serían muy felices. Anidarían en aquella glorieta que cubren las enredaderas y que se esconde entre los árboles y los frutales.....

Y pensando en eso, se recostó sobre un banco de musgo y se durmió tranquilamente. No llegaría jamás hasta ese país de abanico, que habitan las hadas. Estaba muy lejos y le agobiaba el cansancio.

Despertó asustado.

En el vaso, la espuma de la cerveza se había disuelto. Tranquilo, como la onda, del lago, estaba el líquido, color de oro viejo. La pipa, apagada, y el tabaco dormía bajo su capa de ceniza. Y frente á él, el mozo del café, malhumorado y somnoliento, le cobraba el precio del medio casco y del tabaco, mientras el reloj daba las once de la noche.

Iba á cerrarse el café. ¿A dónde iría? Y entonces lloró por el paraíso ideal perdido tal vez ya para siempre entre las vaguedades color de rosa de sus sueños locos.

Se había dormido en el paraíso para despertar en la tierra.

ARTURO A. AMBROGI.

Rima

Hoy la tierra y los cielos me sonrían;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy la he visto....la he visto y me ha mirado....
¡Hoy creo en Dios!

BECQUER

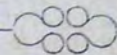
En un abanico

Quando agita nerviosa tu mano
Mis varillas ligeras y blancas,
Que al abrirse ó cerrarse te besan
Dulcemente los dedos de nácar,
De colores, y notas, y versos
Van llegando á tu rostro oleadas
Que acarician con tibia frescura
Tus mejillas de rosa temprana,
Y descienden en trémulas auras
A tu nívea y hermosa garganta....

Quando baña tu aliento mi encaje
Y me iriza de luz tu mirada,
Esta música escrita en mi tela
En murmullo de amor se desgrana.
Soy, cerrado, de dulces recuerdos
Relicario precioso, que aguarda
El instante de abrirse en tu mano
Para darle expansión á tu alma;
Soy el fiel mensajero del novio
Que te dice al oído:

—¡Te ama!

BALBINO DÁVALOS



La capa de Mefistófeles

La cena había sido suculenta y opípara, rociada por un aguacero de champagne, y así salían todos del baile con las cabezas arremolinadas y ardiendo, mal tapadas ellas, mostrando bajo sus abrigos y toquillas, los colorines de sus trajes de máscara, sin abotonar los gabanes ellos, con el despeinado sombrero de copa tirado hacia atrás.

Pero ninguno de los seis se mostraba tan dichosamente locuaz como el encantador Mefistófeles femenino de la partida. Sus dos compañeras de baile, una alsaciana y una pierrete, tromeban y reían del brazo de sus caballeros, pero el diablillo rojo, envuelto en su larga capa de paño grana, con su espada al cinto, iba de unos á otros como una mariposa, sin que su acompañante la pudiera sujetar. Conociásela que el ambiente de fuego que acababan de dejar se le había subido á la cabeza, que el hirviente vino de la locura, metido dentro de su corazón, la mandaba su oleaje abrasador al cerebro. Así reía á carcajadas, sin percatarse de que estaba en la calle, de que la población dormía, de que era de noche aún, siquiera fuese á amanecer; de que con su ruidoso alborozo turbaba la quietud de aquella hora temprana, en que no se oía en el silencio del sitio más que su vocesita fina y aguda y sus cuchufletas que chocaban, levantando un extraño y débil eco en las cerradas puertas de las tiendas y en las hojas encajadas de los balcones.

De pronto, el escandaloso Mefistófeles se detuvo, y espontáneamente se calló, con harto asombro de su caballero. La carcajada que comenzaba á estallar en los labios de la loca muchacha no llegó al último límite de su ritmo. La aturdida máscara se acercó con paso cauteloso al muro de una casa, se inclinó hacia el umbral de un portalón y se quedó mirando algo con fijeza.

Un mortecino farol del alumbrado público vertía su luz, entibiada por la escarcha del cristal, sobre el portalón que la enmascarada contemplaba. Allí, hecho un ovillo, con las piernas y los brazos juntos, apoyando la cabeza en la jamba de piedra, procurando liarse bien en sus andrajos, que dejaban, sin embargo, atravesar por los rotos el aire glacial de la noche, temblando de frío, perdido en la sombra, dormía un pobre niño con la misma placidez que si su cuerpecillo descansara sobre blanda pluma. De cuando en cuando una ráfaga más helada hacía estremecer á la débil criatura, pero no por eso la arrancaba á su sueño profundo. La mano derecha tenía el rapaz metida en un bolsillo, como si instintivamente quisiera precaver el que le robaran los tres ó cuatro perros chicos, cosechados quizás horas antes, cuando la gente salió de los teatros.

Mefistófeles contempló un momento el cuadro, mudo, rígido, inmóvil. Sus acompañantes, atraídos por la curiosidad, rodearon en silencio la puerta de la alcoba, y el muchacho, ajeno á semejante público, continuó durmiendo impasible. No pasaba nadie por la calle; ni siquiera la negra y muda pareja de guardias haciendo su ronda; á lo lejos, fugitivo, se distinguió el resplandor del farolillo del sereno que doblaba la esquina. La casualidad, que vela mientras los desamparados reposan, no había retirado su protección al infeliz gorrión sin nido.

De improviso, el diablillo rojo se quitó su larga capa de paño grana, y sin considerar que se quedaba en cuerpo, expuesto á coger una pulmonía, luciendo su traje de hombre y por ende sus líneas femeniles en plena calle, á punto de clarear el alba, se arrodilló casi sobre el dormido chicuelo y le tapó cuidadosamente con la prenda.

¡Qué locura! ¡No sabía lo que se pescaba! ¡El vino se le había subido á la cabeza! Todos á la vez quisieron impedir que la muchacha realizara su estrambótica acción; pero ella se irguió iracunda, con una serenidad terrible, hecha una fiera, dejando abrigado al niño con el paño rojo, que contrastaba con sus pingajos, sin que el rapaz se despertara, y rechazando á sus camaradas les gritó con un acento que cortaba como una daga florentina:

—¡Dejadme! ¡No estoy bebida!—¡Es que he tenido uno igual, que se me murió de frío en otra puerta, mientras yo estaba baldada en el hospital! ¡Pues si no le hubiera perdido, hubiera cenado esta noche con vosotros!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid.

Jean Rameau

Jean Rameau pertenece en París á la *Kábala masiánica*, secta original y tan rara como los *Aulicos* que con Josefino Peladan, Papus, Laurent de la Thailade, adoran la *Rosa-Cruz* como un símbolo y como una idea.

Jean Rameau es joven, una cabeza hecha á cincel, donde los cabellos hirsutos y enmarañados, se unen á una barba salvaje y puntiaguda. Es de los que con Cazals, Verlaine y tantos, toman el ajeno en los cafés de todos los boulevares y se inyecta de morfina en sus noches de insomnio. Tiene el alma de los exquisitos, el alma de los que comprenden lo que debían ignorar, y ven más allá del caos y más allá aún de la negruras de la noche de la vida. Es uno de los reveladores del misterio de la existencia. Un filósofo en rima, que reviste con el florilegio de la frase la realidad fría de la idea. Sus libros de poesías: *La chanson des étoiles* y *Nature*, son dos volúmenes de preciosidades, encierran las estrofas llenas de virginales pensamientos, revestidos con una pompa y un color maravilloso.

Es una poesía hecha para ser leída por damas de collares riquísimos ó prelados de mitras relumbrantes.

Rollinat, el satánico, al titular su libro *Nature*, encontró la oposición de Rameau: unos periódicos le defendían y otros le atacaban, hasta que hastiado este último, dejó vencerse; pero la *Nature* de Rameau es más hermosa que la *Nature* de Rollinat: apunte de Kostia. En lo físico parece Jean Rameau á Augusto de Armas, y en el alma á Stuart Merrill, á Du-Plessys, Cardonnel....!

En prosa, Rameau presenta á *Moune* y *La Mascarade*.

Le ha gustado á V. el físico? Bien. Tiene la cara regia de una moneda hebrea. La nariz seca del aguilucho y la boca irónica del dominador de la frase.

Más que á Augusto de Armas, parece Rameau al pianista Pederewsky. ¿Verdad mis amiguitas de allá.....? Las que poseéis el retrato del artista del ritmo. Verdad que es exacto al artista de la rima?

Para mí, tiene el encanto del cuentista. Es para después de la hora verde, cuando el sol prende en el polvo, en las hojas, sobre las cúpulas, en los aleros, su fina lluvia de oro y las estrellas abren los párpados de sus ojos, para esa hora los cuentos de Rameau, las canciones de Thibaut de Champagne y los cromos de Puvís, hechos en casa de Goupil.....

He terminado mi *causerie*, señorita. V. querrá preparar su *toilette* para la noche que se avecina. Entre los libros de su *boudoir* busque á Jean Rameau, léalo, estúdielo.....

—Mozo, una copa de Jerez. Son las siete.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

Libro de memorias

El amor es el libro donde escribe
el corazón sus horas de bonanza;
donde la tierna flor de la esperanza
todos los tintes de la luz recibe.

Cuanto de hermoso y grande se concibe
en un cielo de eterna venturanza,
con la lumbre de un sol en lontananza,
una invisible pluma lo describe.

Van impresos en él la primavera
que viste de hojas el verjel florido
y el brillo que en la aurora reverbera.

Mas si en lo bello, el corazón, dormido,
despierta á la inconstancia en su carrera,
muere aquél en la fuente del olvido.

L. TORRES ABANDERO



Teresa

Drama (?) del señor D. Leopoldo Alas (CLARÍN) estrenado Y SILBADO RUIDOSAMENTE la noche de San Aniceto (20 de marzo) en el Teatro Español de Madrid.

El convencionalismo literario en punto á críticas ha llegado en España á un extremo tan vicioso, que el público de buena fe está pidiendo á gritos una reacción formidable en el sentido de restablecer la verdad y poner así las cosas en el justo medio en que deben encontrarse.

Ya es milagro ver algunos ejemplares rezagados de aquellos escritores independientes, que, como *Fígaro*, Revilla y Cañete, vengan resueltos á celebrar lo bueno donde lo hallen y á reprobar lo malo donde salte á la vista. Hay menos críticos y sin embargo hay más mentiras. La verdad se falsifica en literatura; se falsifica á todas horas.

Y, ¿para qué andar con rodeos si al fin y á la postre hay que decirlo?

La verdad de lo que ocurrió ayer noche en el Teatro Español, á propósito del estreno de *Teresa*, ensayo dramático del señor don Leopoldo Alas—*Clarín*—solo se atreven á consignarla, con reservas, muy contados críticos de la prensa madrileña. Algunos, que á ratos presumen de justicieros y usan y abusan de la imparcialidad para exigir maravillas á los autores "sin nombre", como aconteció no há muchos días con el señor Vela, acaban de perdonar su falta enorme al más intransigente de los críticos. Los demás tomaron el buen acuerdo de silenciar el fracaso ó digeron sencillamente que el drama *no había gustado*.

Por no gustar entiendo yo otra cosa. Y el público que tuvo la desgracia de ver *Teresa* no me dejará mentir, porque como yo no soy crítico (ni gana) sino un simple cronista, voy á decir la verdad: la verdad á gritos—como escribía en otra

ocasión análoga—la verdad sin retóricas y hasta sin gramática; pero con sinceridad absoluta.

Las primeras escenas de *Teresa* se oyeron en medio del mayor reposo, sin demostraciones hostiles de ningún género: hasta se aplaudió una frase con pretensiones filosóficas que iba en los zancos de la oratoria; pero cuando el *soberano* comprendió que la obra llevaba trazas de lata interminable, la espectación fue muy otra; empezaron los rumores, algo así como el oleaje de un mar embravecido; hubo gritos arriba, en el Paraíso, y de un palco de segunda fila salieron atropelladas voces de impaciencia. Luego, como las escenas soporíferas se trocaron en escenas repugnantes que ofendían la vista y destrozaban los oídos, la protesta se declaró abiertamente; el público se metió de una vez, sin vacilar y claro, se interrumpió "aquello" con silbidos y bajó el telón *envuelto* en una explosión de carcajadas agresivas. Eso fue lo que ocurrió.

Ahora bien. ¿Quiénes fueron los que enviaron al foso la obra? ¿Los resentidos, los despechados, los que aún recuerdan con ira las críticas mordaces y los insultos desaforados de *Clarín*?Nó, ese público no fue prevenido en su contra: vió, sí, con júbilo el fracaso, pero no lo secundó. Allí estaba Bobadilla, *Fray Candil*, el más implacable de sus enemigos, impassible en su butaca, como un juez á través de cuyo rostro no se reflejan sus más grandes emociones; y allí muchos otros heridos malamente en rudas batallas literarias, sin mover un pie, sin que se les apercibiese un gesto de alegría, sin que se les oyese una sola voz de protesta. La derrota la provocó el público *anónimo*, el que *paga*, el que forman personas extrañas á toda lucha de rencores, el público *que nunca se equivoca*. Sépalo el señor Alas, sépanlo esos eternos y solapados acusadores del Supremo Juez, que inventaron el bálsamo ineficaz de la *prevención* para consuelo del estropeado y archi-reventado autor de *Teresa*.

¿Que la silba fue justa? . . . Eso es lo que vamos á saber.

Teresa era criada de una señora burguesa, y Fernando, el hijo de esta señora, se enamoró por manera platónica de la muchacha, llegando á tal extremo su romántica pasión que lo mejor y más florido de su juventud se la pasó cuidando su virginidad; (la viginidad de Teresa, se entiende) pero luego llegó Roque, un minero más listo ó más práctico que el candoroso señorito, requirióla de amores y se *la llevó* tan tranquilo. Entonces fue que vino á caer Fernando en su simpleza y muchos años después, cuando ya Teresa tenía una hija y andaba toda deslabazada de ropas y de carnes, con un pie en los cuarenta y otro en los cuarenticinco, se decidió á *enamorarla* en la misma cara de su marido, que *por amor* del trabajo y la pobreza se convirtió en borracho empedernido con ribetes de anarquista furioso.

Y allí en aquel escondrijo de la miseria ocurrieron cosas que movían á risa de puro inocentes é inverosímiles.

Fernando quiere llevarse á Teresa, precisamente en el mismo instante que viene Roque, como siempre, borracho. Pero á Roque se le ha oído desde lejos, allá entre yo no sé que profundidades de la mina, por la cual se comprende cómo *el terrible raptor* tenía sobrado tiempo para escaparse. Mas no, señor; se necesitaba un conflicto y el conflicto se trajo por los cabellos: escondiendo á Fernando debajo de una escalera mientras el otro entraba maldiciendo y vomitando pestes. Esta asquerosa escena del borracho, que al fin cae sobre un jergón de paja sucia, envuelto en sus guñapos indecentes, duró sobre poco más ó menos *tres cuartos de hora* y decidió el fracaso. Un espectador de arriba gritó con voz de trueno:

—Señor Clarín, que se acaba la paciencia!

Otro agregó:

—Que le den amoniaco á ese hombre!

—Que salga Clarinete!

Y todo el público de Paraíso, haciendo coro á las interrupciones, empezó á reírse, á vocear y á modular intencionados toques de corneta: Tararí! Tararíiiii!

A poco *estalló todo el mundo*, y la silba fue estrepitosa, enteramente absoluta y sin vacilaciones.

Teresa había muerto al nacer.

Clarín, ya se sabe, es pesado en sus escritos "solemnes," anémico en sus imágenes é insufrible en sus monólogos. Los monólogos y los diálogos de *Teresa* producen bochornos, disgustos y á veces náuseas. En punto á tipos, á trastienda de bastidores, á caracteres, etc., la obra es una desgracia.....ó más bien un desbarajuste.

Roque: ¿qué representa Roque? El tipo del obrero socialista *enragé*? Quién le dijo al señor Alas que el socialista es un vicioso, un borracho consuetudinario, insolente y sobre todo canalla en toda la amplitud de la palabra como él nos lo presenta? Roque se emborracha en cinco minutos; Roque entra á las habitaciones interiores en solicitud de una vara de hierro para pegarle á su mujer, mientras ésta hace salir á Fernando á viva fuerza. ¿A qué entró después aquel *lila*; á qué volvió Fernando?

A decir majaderías?

Teresa ama á su marido y pretende ser una virtud incorruptible, una heroína, una mártir, y resulta una imbécil. Teresa no es un carácter digno de observación y análisis: es más bien una figura de segundo término. Teresa no llega ni con su amor, ni con su virtud, ni con su martirio vulgar á la categoría de protagonista.

A Fernando, ah! á Fernando y al autor los llevaría yo á la cárcel, si fuera autoridad; á Fernando por *memo* y á Clarín por falta de respeto.

Los personajes y las cosas de *Teresa* son personajes y cosas escapadas de las novelas de Zola; pero al entrar en los dominios de Clarín, degeneran; no llevan el sello del realismo inmortal que les imprime el maestro. Además, Zola no inventa, copia del natural; Clarín *ha copiado también*, pero de segunda mano, sin vivir la vida de sus

hombres y de sus mujeres. Teresa es, sencillamente, la Gervasia de *L'Assommoir* adulterada, como es Roque la caricatura del minero de *Germinal*.

Zola tiene ideas; Clarín tiene cosas: Zola es audaz, libra batallas de gigante, arrolla obstáculos, anda por cimas altas; es, en una palabra, apóstol y caudillo. Clarín es un imitador con pretensiones, un autor que se despeña brutalmente envuelto en traperías y jergones podridos. Y eso no es realismo ni es nada: es un montón de horrores y de crudezas que se hacen repugnantes, no porque en realidad lo sean, sino por el modo de presentarlas, más claro, por la asquerosidad. El señor Alas quería.....ya sé lo que quería el señor Alas: fabricar con el éxito de Mr. Zola el éxito suyo; y para *alcanzarlo* envolvió el final en una aureola de misticismo hipócrita, y la aureola se le trocó en tinieblas.

Después de todo, pensar que don Leopoldo ha hecho el viaje de Oviedo á Madrid para que lo silben, es cosa que mueve á compasión y á desprecio á la vez; porque un crítico tan autorizado y soberbio, tan atrevido y deslenguado, que se la pasa insultando á todos los autores dramáticos de España, al presentarse en escena *debió* hacerlo en toda regla, con un drama en tres actos, no con un ensayo mezquino en cuyo estrecho desarrollo lo que nos ha probado entre otras muchas cosas deplorables, es su poco ó ningún aliento para las grandes creaciones.

Supongo, por otra parte, que el señor Alas estará escarmentando de viajes á Madrid: cada viaje de don Leopoldo es un fracaso. Cuando se presentó en el Ateneo como orador, mostró que era sencillamente un *latero* insoportable; cuando volvió á echárselas de valiente, se batió á la fuerza y le quitaron los bríos; y ahora, después de haber escrito tantas veces contra las autoridades más salientes de la dramática española, resulta un *mamarracho*.

Ya sé que por irreverencia me van á poner de vuelta y media los amigos incondicionales de Clarín y que de ello no voy á sacar nada, como no sea alguna desazón.....Qué más dá?.....

¡Si á eso vengo, á pegar fuerte para aceptar las responsabilidades todas de mis actos! Y que rabien los aduladores: yo tengo mi independencia mucho más alta que su servilismo.

Ahora puede hablar Clarín....que todavía me falta mucho que decir.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid, marzo de 1895.

—Si el perfume fuera música, jazmín sería el ruiseñor.—B. Pérez Galdós.

—El estilo es la forma del ideal; el ritmo es su movimiento.—V. Hugo.

—El *usted* alarga las frases.—Emilio Zola.

Rondel

Para Helena Borrero

¡ Oh, mis pálidas horas, mi delirio,
Mi tristeza mortal, oh mi tristeza!
Que de mi vida cual el triste lirio
Nacisteis de albor á la pureza!
Ya tan sólo la luz de enfermo cirio
Baña las rumanas en que el sueño reza
Oh, mis pálidas horas, mi delirio,
Mi tristeza mortal, oh mi tristeza!
¡ Alma mia, disipa tu martirio;
Vuela y busca en el cielo la belleza:
¡ Oh, mis pálidas horas, mi delirio,
Mi tristeza mortal oh, mi tristeza!

JOSE FRANCISCO PIEDRA

Mi duda

Pienso que la vida es un castigo.

Este murmullo interminable que se levanta en mi derredor; este silencio sepulcral en que cae mi alma; esta quietud fatídica de mis ideas, de repente, causan en mi espíritu el efecto de una explosión eléctrica.

Vuelvo á vivir.

¿ Qué busco? ¿ Qué anhelo? ¿ Acaso una mirada compasiva, una palabra consoladora, una sonrisa de castos labios?

Aquí, dentro de mi alma, hay un altar.

En él he colocado una virgen. Su manto, es blanco como la nieve; sus ojos, negros; su cabellera, suelta; sus manos seráficas, descansan sobre el pecho; sus tersos dedos, entrelazados; su mirada profunda, noble, invariable, se dirige hacia lo alto, busca á Dios al través del infinito; la olímpica diadema de Minerva, resplandece sobre su frente pálida.

Al pie de ese altar elevo mis tristes plegarias al cielo, y la virgen, magestuosa, llena de fulgores celestiales, sonríe, vuelve sus divinos ojos hacia mí y con una mirada amorosa bendice mi fe.

Pero la última vez que me he arrodillado para implorar la bendición que fortalece mi espíritu, la virgen, la candorosa virgen, ya no me dirigió aquella apacible y dulce mirada con que inflama mi corazón de amor. . . . Apagó las hechiceras pupilas, inclinó la cabeza sobre el pecho. . . . y prorrumpió en tiernos sollozos.

Rogué con devoción y mis ruegos fueron inútiles. La virgen sigue sollozando y las gotas cristalinas que ruedan lentas por su inmaculada faz, caen en el fondo de mi alma, al pie del altar.

Pienso que la vida es un castigo.

Reírse un instante para llorar en seguida, para sentir en el alma retorcerse cruel la cuchilla del dolor, para extinguirse en el martirio de la desesperanza, para rodar inerme en la pendiente obscura del destino y de un golpe, de un solo gol-

pe mortal, hundirse para siempre en la hedionda fosa de un cementerio, . . . esto es vivir.

Y las ilusiones, qué son? Y el porvenir, qué significa? ¿ Dónde está? ¿ Cuándo se alcanza?

Ah! En vano se agitan las ideas dentro de este círculo de hierro que se llama *la duda*.

Las ilusiones, son ilusiones, Tras ellas se llega á un término cierto; se ve un sepulcro.

Allí está el porvenir. Ese misterio. . . es. . . .
Sí, el porvenir es la tumba!

Pienso que la vida es un castigo.

En este mundo-bola, cuyo centro de gravedad está en todas partes y no se percibe en ninguna; en donde la Envidia tiene su trono inderrribable; en donde la Infamia tiene alas y vuela y arrastra las miradas de los incautos, tiene puñales de dos filos y hiere de un lado á la inocencia y de otro lado á la honradez; en donde la Ingratitud se pasea altiva en medio de las sociedades, tiene orgías y estrecha las manos de los hombres y cambia sonrisas con las bellas hijas de Venus; en donde el amigo es proyectil que hace explosión en el momento más impensado y lacera—no el cuerpo,—sino el alma; en donde el amor es una farsa; la lealtad, un sarcasmo; la fe, una palabra sin sentido; en este mundo enmascarado, hecho mas bien para seres semejantes á las siniestras imágenes que rodeaban el trono sombrío de Plutón, quién no vacila? ¿ Quién no siente la horrible pesadumbre de un desengaño funesto?

¡ Oh, humanidad! Este vaho negro que se levanta, sin cesar, de las conciencias pútridas, se cuaja en las alturas y forma densa nube que empaña el límpido cielo en cuyos dilatados confines brilla la luz purificadora de la verdad.

Y Dios, que todo lo ve, que todo lo juzga, que todo lo puede, ¿ dónde está que no envía aún el ángel salvador, con su espada de fuego, para que siegue la zizana humana é incendie todas las impurezas hacinadas en las conciencias de los perversos?

Vive el mal.

Es espectro que asecha. Se disuelve como las sustancias espirituosas.

Camina bajo nuestras plantas, convertido en abismo.

Se transforma. Es hombre, nos habla, se sienta como nosotros á la mesa, bebe en nuestra copa, nos halaga, á veces se constituye en falso mentor, se despide, vuelve á ser sombra. . . . y. . . . se aleja. se aleja.

Lleva la urna funeraria en donde van encerrados los despojos del alma.

Ya siento yo que me quedo sin la mía.

Estoy muy triste.

En mis entrañas, un dolor profundo consume todas mis fuerzas.

Me quejo solo, en silencio.

Soy huérfano.

¡ Madre mía! Y Dios, por qué no me oye?

Esta es mi duda!

ALONSO REYES G.

Canto Bélico

A Vicente Acosta

Quiero morir en medio á la pelea
Blandiendo altivo el yatagán de guerra,
Donde todo fragor y estruendo sea
Y el cañón haga retemblar la tierra!

Quiero morir en medio á la batalla
Viendo que airoso el pabellón flamea,
Desafiando el fragor de la metralla
Y arrostrando el furor de la pelea!

Quiero morir sereno, sobrehumano,
En defensa del bien y del derecho,
Blan tir mi acero contra audaz tirano
Y caer altivo, atravesado el pecho!

Quiero morir lidiando brazo á brazo
Cual paladín valiente y denodado,
Tinta mi espada; ¡de luchar cansado,
Al hundirse ya el sol en el ocaso!

Quiero al morir aun escuchar la diana
Con que el clarín anuncie la victoria,
Sabiendo que ya el sol de la mañana
Se alzaré como el sol de nuestra gloria!

Y después...y después que ya haya muerto
Y yazga mi cadáver, sobre el campo,
Saber que de la gloria el dulce lampo
Con áurea lumbré bañará mi cuerpo!

FELIPE HERNÁNDEZ

San Salvador—1890.

Lluvia primaveral

A Salvador Rueda.

Llueve. Una lluvia menunda, fría, azota suavemente los cristales del balcón; menuda lluvia, como surtida de una regadera, que cae, produciendo un ritmo adormecedor sobre las hojas verdes de los árboles y que deja, dentro del estuche polícromo de las flores, sartas de perlas cristalinas, presentes de bodas.

Estoy en mi gabinete, cuya única ventana cae sobre el campo. Leo. Y el balcón permanece cerrado y á través de las leves cortinillas de lino, se cuelan rayos débiles de un sol primaveral.

—Llueve?—¿Y en plena primavera?—¡Oh! Estas lluvias son en extremo agradables! El campo todo entero se dará un ligero baño de ducha y aparecerá en breve, radiante, provocativo....

Leo el último *romans* de Rider Haggard que, en días pasados, me enviara de Nueva York el editor Appleton.

Precioso libro! Voy á daros, á grandes rasgos, furtivamente, mi opinión. Es... Pero... ¡No más! ¡Imposible continuar!—¡Al trabajo, holgazán!—como que dice una voz muy cerca de mí, quizá la de mi musa, que es tan celosa y tan amante del trabajo. Allí está la mesa, las blancas cuartillas, la pluma, húmeda aún en tinta—¡Trabaja!

Trabajemos!

Qué?—Tomo la pluma y mientras emborrono las primeras cuartillas á propósito de un libro de "réclame" que un señor sud-americano me envía, escampa. De nuevo es imposible continuar! Como que las ideas están bien arrebuajadas en los últimos pliegues del cerebro y no quieren salir, por temor de agarrarse un resfriado. Mientras llueve, cuando uno está por fuerza trabajando, cuando álguien como que lo obliga terminantemente á hacer aquello, todo sale bien. Hoy mismo pensaba enviar al diario mi artículo. Ha quedado á medio vestir. ¡Pobrecillo! Aún no se ha encasquetado la americana, ni calzado los guantes, ni alisado, con el peine, los cabellos desordenados, ni prendido al ojal de la solapa, la immaculada gardenia: cuatro cosas indispensables en la fatuidad y presunción de estos pobres hijos míos. ¡Quede para otro día!

Oigo en el jardín cantos de pájaros. Por las rendijas del balcón penetran hálitos fuertes de tierra recién remojada. Abro. ¡Qué hermosura! Sí, señor mío, muy hermoso es esto. ¿Ha visto usted un paisaje de Corot que es copia de un delicioso rincón de campo después de la lluvia, presta, de primavera? Sí!—Pues..... Es este un paisaje de Corot ni más ni menos. Una copia fiel y precisa.

Tras el chubasco el cielo ha quedado limpio, azul, azul. Los follajes empapados de agua, goteantes, tienen brillo seductor de cristal bajo los últimos rayos del sol. En un rincón del jardín, cabe un jarrón de *vergissmeinnicht*, una pobre y bonita rosa encarnada esponja con coquetería sus pétalos mojados, mientras recibe con una sonrisilla maliciosa los dicharachos que le lanza un señor gorrión que cerca de ella pasa ligero y que va en busca de su nido, como un buen señor que teme llegar tarde á casa y hallar fría la comida....

Es ya el crepúsculo. Va atenuándose, debilitándose poco á poco la luz del sol. Huye presta! Más..... más.....! Ya.....! El sol se ha ocultado por completo tras una colina y queda todo el campo sumido en un claro-oscuro pocas veces visto. Yo no soy pintor, ni siquiera dibujante ramplón, para hacer de esto una linda acuarela. Pero si soy un pobre fantaseador, que no ha dado en hacer versos. Soy un soñador; y dejo mi estudio y me lanzo al campo á recibir en el rostro, de muy cerca, las oleadas de este airecillo húmedo y saludable, á corretear bajo los árboles goteantes aún y poblados de pájaros que dan al viento sus últimos cantos, antes de entrar al nido, como despidiendo á la luz, reina del mundo.

ARTURO A. AMBROGI.

Mayo de 93.

A "Lilia"

Leí tus "Notas" y al leerlas, Lilia,
 No sé lo que sentí:
 Suspiros y sollozos lastimeros
 oí cerca de mí,
 Sufrió mi corazón horribilmente,
 Mi alma se estremeció,
 Y sin querer, mis ojos se nublaron,
 Apagóse mi voz.....
 Pensé en las esperanzas que se fueron,
 Que ya no volverán,
 Y pensé en la ausencia, en el olvido,
 Y me puse á llorar.

JULIA.

Revista teatral

El sábado de la semana pasada representóse la conocidísima comedia de Camprodón, titulada *Flor de un día*. De ella no podemos decir sino que nos tiene ahitos. ¡Y ved si tendremos razón! Lo menos dos ó tres generaciones nuestras la han visto representar, y vaya si se ha hecho con las reglas del arte! Más de uno de nosotros recuerda, no sin cierto regocijo infantil, haber visto á nuestros abuelos desempeñar con mucha frescura y sabe Dios cómo, esa desventurada comedia. Y luego que no ha habido pueblo de indígenas en donde no la hayan *asesinado*, (así como suena) ni hay bicho viviente que no recite alguno de sus pasajes. Así, pues, podemos decir que nos ha empalagado y ha perdido para nosotros todo su interés, aparte de que su argumento es de aquellos en que se sacrifica la verdad y la naturalidad en aras de lo ficticio y puramente imaginario.

Por nuestra parte declaramos que no ha sido nunca de nuestro agrado, por más que su versificación sea armoniosa y contenga escenas interesantes y de buen gusto.

Lástima fue que los esfuerzos de los artistas, que esa noche estuvieron muy felices en sus papeles, no hayan sido correspondidos por el público, que anduvo reacio en asistir al teatro; pero la culpa fue de la Empresa, que no acertó en la elección.

El domingo se puso en escena la hermosa producción de Echegaray (don José), *La Esposa del Vengador*, ante numerosa concurrencia. Su desempeño, según afirmó la generalidad del público, estuvo bastante mediano, sobresaliendo únicamente la señora Rodríguez y los señores Buxéns y Huertas.

La Ducha y *El Dúo de la Africana* fueron las piezas representadas el jueves último. La primera es una deliciosa comedia en dos actos, en la que abunda el donaire y la sal de grano fino. Lopecito, el mimado del público, hizo las delicias de éste, caracterizando á las mil maravillas su papel. Igual cosa podemos decir del señor Huer-

tas, que en la parte cómica se encuentra, como si dijéramos, en su propio elemento. Los demás actores estuvieron á la altura de su cometido.

En la zarzuela *El Dúo de la Africana*, que es una linda pieza por su música, primorosa y abundante en pasajes de verdadera maestría, sobresalieron en primer término la señora Curieses y los señores Buxéns y Banuet.

Este último, sobre todo, á pesar de estar padeciendo á la sazón de una ligera enfermedad, cantó con propiedad su parte, distinguiéndose especialmente en el dúo con la Africana, el cual mereció la repetición á instancias del público. Tiene el señor Banuet una voz bien entonada, vibrante y armoniosa, y sabe dar á los giros musicales una dulzura que encanta.

El señor Buxéns desempeñó con lucimiento el papel de Empresario, tal que se nos figuraba estar al frente de uno de esos ogros que son la desesperación de los artistas. Fue, pues, un Empresario al *natural*.

A la simpática Curieses solo le haremos presente que no debe olvidarse de que la Africana es un personaje de color y que hace muy mal efecto eso de salir á la escena mitad blanca y mitad negra, es decir, con el busto de una Nubiana y el rostro picaresco y saleroso de una española. Por lo demás no tenemos sino aplausos para ella.

Los coros... Verdaderamente estuvieron *salvajes*, según la expresión de uno de los personajes de la zarzuela. Puso la nota del chiste un pequeño corista imberbe, que mantuvo la hilaridad del público durante el primer acto con su mímica y su *accionado*, formando contraste con otros dos *artistas*, que, como él, hacían su *debut* en esa noche y que parecían como asustados en presencia del numeroso público que los miraba. Estos, como aquél, son indisputablemente una *esperanza* para el arte nacional.

Resumiendo nuestras observaciones, diremos que los artistas hicieron cuanto humanamente es posible por dejar satisfechos á los espectadores y se portaron como pocas veces.

PAÚL DE GÉRY.

Hotel Restaurant Internacional

Los que suscriben tienen el honor de participar al culto público salvadoreño que en este nuevo establecimiento, encontrarán un espléndido servicio. Salones bien ventilados y muy aseados para comedores. Habitaciones amuebladas. Cocina italiana, francesa y española. Además contando con un jefe de cocina extranjero, *atendemos* órdenes para banquetes adentro y fuera del establecimiento.

Servicio á la carta y á precios fijos.
 Se hablan varios idiomas.

ROSSI Y CASCO.

Imprenta Nacional.